

# Historia de la vida privada en la Argentina. Buenos Aires : Troquel, 1998. 281 p.

Autor:

Salvatore, Ricardo D.

Revista:

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Emilio Ravignani

1998, N°18, pp. 132-134

Artículo

Ricardo Cicerchia, *HISTORIA DE LA VIDA PRIVADA EN LA ARGENTINA*, Buenos Aires, Troquel, 1998, 281 páginas.

Planteado como una gran y ambiciosa travesía por la vida social y cultural de la “primera Argentina”, este libro intenta captar e interpretar las acciones y los sentires privados de los habitantes del período 1776-1852. Fiel a una historia social y cultural que privilegia las miradas cercanas, los gestos y los elementos materiales de la vida colectiva, esta obra propone ante todo una operación de rescate. Trata de recuperar una serie de prácticas sociales, rituales públicos y episodios de la vida cotidiana que, además de reflejar la peculiaridad de la vida argentina, sean expresivos del universo interior de los actores históricos. Sus seis capítulos son como estadíos de una rápida visita a saberes, prácticas y sensibilidades en los terrenos del comercio y del Estado, de la familia, de los cuerpos, de la dieta, del tiempo y de los roles sexuales.

La obra es novedosa, no sólo en relación a los objetos puestos bajo la mira del historiador (hábitos, gustos, discursos y sensaciones referidas a la moda, las enfermedades, los alimentos, la responsabilidad masculina y el tiempo, para mencionar sólo los más evidentes), sino porque atribuye a tales objetos un papel fundamental en la comprensión del pasado. Rescatando objetos descuidados o despreciados por los historiadores, Cicerchia intenta constituir un campo temático diferente –la vida cotidiana, la vida interior, el terreno de la experiencia–, entrelazando piezas muy heterogéneas en una narrativa descriptiva. En cada momento de este recorrido histórico, el autor procura describir las prácticas sociales prevalecientes y decantar, a través de ellas, un conjunto de sensibilidades asociadas a la “vida rioplatense”. Al articular descriptivamente objetos muy diferentes, el autor reproduce la estrategia de los viajeros: tratar de hacer visibles una serie de curiosidades que, por su rareza o por su novedad, atraen su atención. Así como los viajeros traducen lo sublime y extraño al lenguaje y la sensibilidad de sus compatriotas, Cicerchia transforma estos episodios o panoramas de la vida cotidiana en objetos de interés de la historia social y cultural envolviéndolos con términos como “sensibilidad”, “sacralidad”, “privatización”, “modernidad”, etcétera.

La obra combina el efecto de las imágenes –una importante selección de grabados, pinturas, mapas y otras ilustraciones– con una narración amena, fresca y fuertemente descriptiva. Con riqueza de detalles el autor conduce al lector a través de múltiples y variados escenarios de la vida social y cultural. Las fuentes que apoyan estas narraciones son variadas, predominando los relatos de viajero, las memorias de contemporáneos, algunos documentos de archivo y una selección (un tanto limitada) de trabajos más recientes. Cada capítulo es precedido por una reflexión donde se consideran los principales desarrollos europeos sobre el problema y se dan importantes precisiones conceptuales. En general, estos conceptos introductorios ayudan a contextualizar las descripciones que siguen.

Las ilustraciones apoyan el relato pero, al mismo tiempo, despiertan interrogantes que el texto no contempla. Los grabados y las pinturas nos presentan cuestiones interesantes sobre diseño, luminosidad, distancia, tamaño relativo, foco, postura, etc. que no son objeto de análisis para Cicerchia. Demasiado evidentes, las diferencias de códigos figurativos que existen entre un Molina Campos y un Bacle (o un Vidal) claman por algún comentario. Lo mismo podría decirse acerca de las tecnologías y usos del retrato; la transición entre el óleo y el daguerrotipo no sólo modifica nuestra relación con la “evidencia” iconográfica sino que también sugiere cambios en las formas de autorrepresentación de familias e individuos. Las imágenes son presentadas como mera evidencia, pura expresión de realidad. Cuando estas ayudas visuales se constituyen en momento de reflexión, los resultados no son siempre felices. El hecho de

que algunos retratos de época muestren a los hombres de elite vistiendo trajes negros, de telas lisas y materiales pesados, lleva al autor a afirmar la existencia de “la ética del autocontrol, la modestia, el esfuerzo y una moral propietaria” (p. 110).

Tan variados como los episodios y estampas que visita son los argumentos que Cicerchia desarrolla acerca de la vida familiar, la Justicia, los alimentos, las dolencias, la muerte, etc. Los argumentos más sólidos y fundados son aquellos que se refieren a los conflictos domésticos ventilados en la Justicia (sobre todo al papel de la mujer en ellos), a las festividades públicas, a las prácticas religiosas y a la vida social de la elite; tal vez porque en estas descripciones se utilizan mejores fuentes y se destina un mayor espacio a la reflexión. La discusión sobre las enfermedades y los médicos es también rica en detalles. La cuestión de las diferentes temporalidades parece menos convincente. No queda claro si el tiempo profano fue desplazando al tiempo sagrado o si persistió la confusión entre los dos, propia del mundo premoderno, según el autor.

El rápido pasaje de un tema a otro y la falta de síntesis o recapitulación al final de cada capítulo dificultan al lector la comprensión del conjunto. De tanto en tanto, las descripciones de hábitos, rituales y acciones, por lo general medidas y precisas, son asaltadas por generalizaciones un tanto apresuradas y desmedidas. Por ejemplo, cuando Cicerchia afirma que “Una verdadera sociedad de la modestia era la Argentina de entonces” (p. 117). O cuando da por descontado que “a la larga la papa reforzó sustantivamente la alimentación local” (p. 186). O cuando establece que “todos los trabajadores, libres y esclavos” trabajaban entre 12 y 15 horas diarias (p. 204). O cuando declara la “obiedad” de la planificación familiar en el período postindependiente. Estas afirmaciones no se desprenden de la evidencia presentada.

Esto plantea una cuestión metodológica central: ¿qué tipo de interrogantes se pueden responder y resolver con recurso a iconografías, memorias personales y relatos de viaje? Ciertamente, este tipo de evidencias son insuficientes para dar respuestas a cuestiones referidas al consumo promedio de ciertos alimentos, a la esperanza de vida, a la eficacia de las campañas de vacunación o a las horas de trabajo de un jornalero. En cuestiones como éstas se requieren comprobaciones estadísticas más precisas o estudios más sistemáticos y abarcativos que los que se ofrecen en este libro. En algunos de estos casos tales estudios y estadísticas simplemente no existen. Por esta misma razón, las proposiciones que se refieren a los conflictos familiares llevados a la Justicia (sobre los cuales el autor ha realizado una investigación original de archivo) parecen mucho más persuasivas que otras hipótesis y sugerencias sobre los gustos, la moda, las enfermedades o la muerte, basadas en fuentes menos sólidas. Por otra parte, la excesiva dependencia del relato de fuentes impresionistas, como relatos de viajero y memorias de individuos de elite, produce una descripción de lo cotidiano que elimina el conflicto social y homogeneiza el espacio. Así, el rescate de las prácticas que hacen a la “vida privada” parece haberse realizado a un alto costo.

Más allá de estas observaciones, encuentro en este trabajo dos principales problemas. El primero de ellos es una falta de profundidad o intensidad en el tratamiento de cada uno de los espacios donde se desenvuelve la vida privada. El intento de describir un conjunto abigarrado de episodios, costumbres y panoramas en un limitado espacio conspira contra el tratamiento más analítico de cada uno de estos objetos. Tal vez esos gestos, usos, formas rituales y expresiones apuntan hacia determinaciones culturales profundas, hacia claves que condensan ansiedades, creencias y postulados. Sólo un esfuerzo de interpretación de textos e imágenes que vaya más allá de lo meramente descriptivo y anecdótico podría dar luz a esta cuestión. Sin este afán analítico, el dominante registro descriptivo transforma al libro en una colección de curiosidades, en un paisaje o dibujo a mano alzada de la “vida cotidiana” que deja mucho lugar

para la duda. Sin el planteamiento de hipótesis alternativas y sin el cuestionamiento de la evidencia es casi imposible realizar la transición entre lo episódico y lo generalizable, entre la anécdota y el proceso sociocultural.

El segundo problema es la carencia de un sentido diacrónico, de una atención suficiente al proceso de cambio. Recurrentemente, el lector se pregunta si una determinada práctica social es propia de 1780, de 1820 o de 1850. Al entrelazar descripciones de episodios y eventos que ocurren en distintos tiempos históricos, el libro transmite al lector la sensación de homogeneidad temporal. Algunos desarrollos, como el establecimiento de la Sociedad de Beneficencia o la irrupción de modas europeas en la década de 1830 otorgan al relato cierto anclaje cronológico. Pero, en general, el texto mezcla evidencias de principios del virreinato con otras del gobierno de Rosas. Es difícil así saber qué cambios trajo la postindependencia al mundo de la vida privada. Esta suspensión del tiempo histórico dificulta verificar la solidez de algunas hipótesis sostenidas en la introducción, sobre todo aquellas referidas al proceso de privatización y desacralización de la vida social. En la medida en que no se analice más profundamente qué implicaciones tuvieron los nuevos poderes (los políticos republicanos, los médicos, los jueces, los publicistas) sobre las costumbres y los discursos, es imposible siquiera intentar una respuesta a estos interrogantes.

La contribución principal de este libro –planteado más como obra de divulgación que como un trabajo de investigación original– es proponer al lector la revisión de un cuerpo novedoso de objetos históricos y sugerir la existencia de un cúmulo de sensibilidades y de prácticas que son fundamentales para la comprensión de la “primera Argentina”. Es este afán de describir, organizar y dar a luz estas estampas del pasado lo que el libro tiene de valioso. Pero la nivelación del registro temporal y la baja intensidad del análisis de los objetos bajo estudio –un resultado tal vez de la necesidad de cubrir una amplia gama temática en un reducido espacio textual– nos generan más dudas que certidumbres acerca del *status* y características de la vida privada en esta etapa formativa de la cultura argentina.

RICARDO D. SALVATORE  
Universidad Torcuato Di Tella

Jorge Gelman, *CAMPESINOS Y ESTANCIEROS, UNA REGIÓN DEL RÍO DE LA PLATA A FINES DE LA ÉPOCA COLONIAL*, Buenos Aires, Editorial Los Libros del Riel, 1998, 333 páginas.

Jorge Gelman, uno de los referentes más respetados de nuestra temprana historia agraria, acaba de publicar un libro realmente valioso donde reúne, en un relato coherente y único, contribuciones inéditas y otras ya publicadas.

Escrito cuando culminaba la renovación historiográfica en torno del mundo rural rioplatense a fines del período colonial, este libro se interna en una región –la de Colonia, en la Banda Oriental– donde la imagen tradicional que se tenía de aquel mundo parecía estar a salvo del vendaval revisionista que se desataba sobre la pampa. En efecto, ¿no era la Banda Oriental el más vivo ejemplo de una economía agraria dominada por la monoproducción ganadera y el latifundio? Ni tanto ni tan poco. Si algo revela el sugestivo libro que acaba de publicar Jorge Gelman es la inesperada riqueza y complejidad de este rincón de la campaña uruguaya. ¿Y qué